



Palabras clave

deporte, inmigración, interculturalidad, multiculturalidad, integración

Deporte, inmigración e interculturalidad

■ **F. XAVIER MEDINA**

Antropólogo.
Institut Català de la Mediterrània

Abstract

Often sport, especially of the last years has been justified by various social actors as an integration tool with exceptional possibilities, as well as being an important element of interculturality. Without a shadow of doubt, as a social element that it is, sport forms part of a mental picture built around a collective "us", and therefore, being a defining element of identity, also susceptible to become an instrument of integration. Another problem would be to know what we understand by integration and, on the other hand what are the mechanisms by which sport can be used as an element/instrument in this integration. In this article we try to analyse some of these questions surrounding sport and immigration, from different perspectives.

Key words

sport, immigration, interculturality, multiculturality, integration.

Resumen

A menudo el deporte, especialmente en los últimos años, ha sido reivindicado por diversos actores sociales como instrumento de integración con unas posibilidades excepcionales, además de resultar un importante elemento de interculturalidad. Sin lugar a dudas, como elemento enteramente social que es, el deporte forma parte de un imaginario construido alrededor de un "nosotros" colectivo y, por lo tanto, al ser un elemento definidor de identidad, es también susceptible de convertirse en un instrumento de integración. Otro problema sería saber qué entendemos por *integración* y, por otro lado, cuáles son los mecanismos de que se sirve el deporte para ser utilizado como un elemento/instrumento de esta *integración*. En este artículo intentaremos analizar algunas de estas cuestiones que afectan al deporte y la inmigración, desde diferentes perspectivas.

Introducción

No es ningún descubrimiento, a estas alturas, el hecho de que la presencia de personas procedentes de sociedades y culturas diversas es cada vez más numerosa en nuestras sociedades occidentales y, evidentemente, también en Cataluña y España en general –aunque en un número bastante reducido en comparación con nuestros ve-

cinso europeos-. Es evidente que Europa ha sido, a lo largo de su historia, un continente con importantes flujos migratorios. No son, pues, las migraciones, aquello que constituye una novedad en el Viejo Continente, sino, como señalaba Callovi (1990, p. 67), a principios de la última década, las circunstancias en las que éstas se producen: por un lado, el efecto sinérgico de los diferenciales demográficos, económicos y políticos existentes entre la Europa occidental y un importante número de países con un potencial de mano de obra en fuerte crecimiento; y, por otro lado, la existencia de un proyecto por parte de determinados Estados en el que las relaciones, cada vez más estrechas, se encaminan a fundar un nuevo marco de decisión que sobrepasa las fronteras nacionales, al mismo tiempo que se replantean en nuevos términos todos aquellos aspectos que, a un nivel más interno, se encuentran en relación directa con la convivencia.

No debemos olvidar, sin embargo, que cuando hablamos de *inmigración* estamos hablando de manera conjunta de un colectivo que en realidad es muy diverso, ya sea por motivo de su origen como por su trayectoria. Y que, por otro lado, estamos incluyendo dentro de este colectivo a muchas personas que no son *inmigrantes*, porque nunca han emigrado de ninguna parte, sino que han na-



cido y se han criado en la misma sociedad que los autóctonos y no son, por lo tanto, inmigrantes –puede ser que ni tan siquiera conozcan el lugar de origen de sus padres.

Desde esta perspectiva, multitud de conceptos –que no son en absoluto nuevos– se han convertido en puntos de atención social preferente: multiculturalidad, interculturalidad, integración, participación social... que esperan ser llenados, una vez más, con contenidos adecuados a unas realidades sociales, siempre cambiantes.

De esta manera, no es de extrañar que (también) el deporte –*fenómeno social total*, parafraseando la ya clásica afirmación de Elias, haya sido a menudo, y muy especialmente en los últimos tiempos, reivindicado por diversos actores sociales como un instrumento privilegiado de integración con unas posibilidades excepcionales, además de ser considerado como un importante elemento de interculturalidad. En las siguientes líneas intentaremos analizar éstas y otras cuestiones sobre el deporte y el fenómeno migratorio desde diferentes perspectivas. Mucho más allá de la actividad física, el deporte toma, desde el punto de vista propuesto, una significación social y cultural inequívoca.

Interculturalidad voluntarista

Tanto *multiculturalidad* como *interculturalidad* se han convertido en dos conceptos “de moda” en nuestro país, muy particularmente a partir de la última década. Desde los discursos académicos hasta las conversaciones de la calle, pasando por los parlamentos políticos, por los más socialmente activos o –de manera muy importante– por los diferentes medios de comunicación. Este hecho, sin embargo, tampoco implica que exista una idea cierta o aproximada de lo que significan, ni que todos estén hablando de la misma cosa cuando se usa el mismo concepto; más aún, que a menudo no se intercambien sus significados sin mucho criterio.

Podríamos decir que la *multiculturalidad*, desde nuestra perspectiva –y, evidentemente, simplificándolo mucho–, implicaría la coexistencia en un mismo espacio social de individuos o grupos de diferentes culturas. Esa *multiculturalidad* es, pues, simplemente un hecho, una situación que nos viene dada y

que podemos constatar cotidianamente. Por otro lado, la *interculturalidad* –también de manera muy simplificada–, nos llevaría hacia una *interacción* social entre estos individuos o grupos de diferentes culturas que comparten un mismo espacio multicultural. Esta *interacción*, tal como la misma palabra apunta, es una *acción* necesaria que indica “movimiento” y, por lo tanto, una cierta *voluntad* de ser llevada a cabo.

Nos encontramos, pues, con una importante diferenciación entre ambos conceptos: mientras que en el primer caso se trata simplemente de un hecho ineludible, en el segundo lo que tenemos delante es una acción voluntarista de cara a una convivencia activa que necesita de una intencionalidad previa y de un conocimiento mutuo. Tanto *multiculturalidad* como *interculturalidad*, a pesar de que están relacionadas íntimamente, nos conducen hacia unas realidades diversas que debemos tener en cuenta de manera diferenciada. El hecho multicultural en nuestro país, aun teniendo en cuenta su aún relativamente baja importancia numérica, se hace cada vez más visible y presente en determinados espacios (el caso del barrio del Raval de Barcelona, por ejemplo, ha acabado por ser paradigmático). Asimismo, no resulta tan evidente que se haya dado una relación verdaderamente intercultural entre miembros de culturas diferentes. A nivel simplemente orientativo, una encuesta del CIRES de los años noventa centrada en Cataluña mostraba cómo más del 80% de los encuestados no había tenido nunca una conversación larga con un magrebí, y un 95% no tenía ningún tipo de parentesco ni actividad con ellos. Vemos, en este sentido, que esta interculturalidad necesita de una voluntad de *interacción* compartida que, por otro lado, no puede provenir más que de un conocimiento mutuo que, en estos momentos, dista mucho de haberse dado todavía.

Deporte e identidad

No hay duda de que el deporte es en todo momento representación; y que deportes, equipos y deportistas son proyectados y reconocidos como miembros y exponentes de las diversas comunidades a las que pertenecen y representan (Sciama, 1996,

p. 137; Archetti, 1995; McClancy, 1996; Medina, 1997), incluso cuando las competiciones son extraoficiales o amistosas. En este sentido y especialmente en el caso de los deportes de masas –como por ejemplo el fútbol o el baloncesto–, la identificación a través de esta representación es especialmente significativa, a diferentes niveles: local, regional, estatal, continental e incluso intercontinental; convirtiéndose en una vía especialmente relevante para la construcción de la identidad.

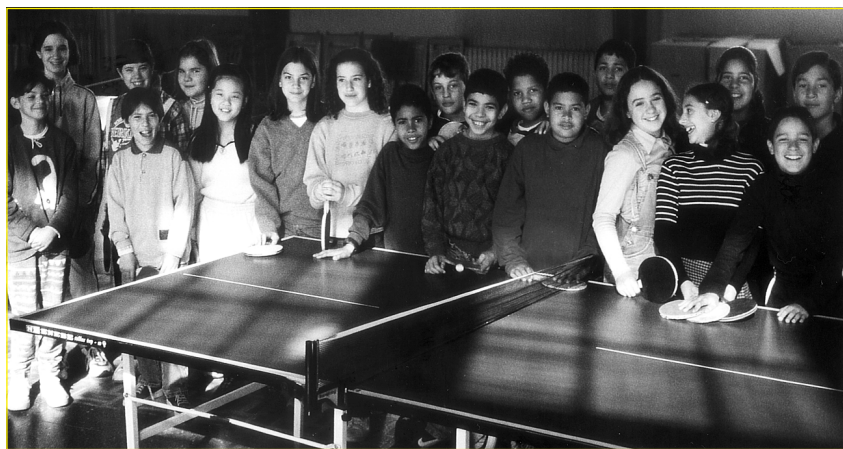
De esta manera, Cachán y Fernández (1998, p. 13) dicen: “En el fútbol se produce una adhesión tribal: los equipos de una ciudad o de un país actúan como figuras totémicas de las comunidades respectivas. Nadie gana ni pierde personalmente, sino que gana o pierde a nivel de *tribu*”. En este mismo sentido, Moreno (1991, p. 625) dice que “cuando el equipo de fútbol de un pueblo se enfrenta al equipo de un pueblo cercano o rival, o el de un país al de otro en los campeonatos del mundo, está claro que reproduce en los aficionados de uno y otro bando su propia identidad contrastiva con la identidad del contrario. Y que, para muchos, la propia autoestima no sólo deportiva, sino local o nacional, se verá afectada por el resultado del encuentro”. Igualmente, según McClancy (1996, p. 2), “(los deportes) son vehículos de identidad que proveen a los individuos de un sentido de diferencia y de una vía de clasificación para ellos mismos y para los otros, tanto latitudinal como jerárquicamente”.

De esta manera, observamos cómo determinadas modalidades deportivas han sido llevadas a nivel de las –construidas como– *representaciones colectivas* que permiten cimentar una identidad. Argentina¹ o Brasil utilizan, a nivel general, el fútbol como una representación –incluso como estereotipo– de su identidad; Pakistán, el *esquash* o el críquet (Werbner, 1996); Estados Unidos el béisbol o el baloncesto. La *representación*, a nivel grupal, continúa encontrando vías de construcción y de desarrollo a través de los diferentes deportes.

Deporte e interculturalidad

Como parte de un imaginario construido alrededor de un “nosotros” y, por tanto, como

¹ En el caso argentino, también podríamos nombrar el polo (cf. Archetti, 1995).



Fotografía de la Associació Esportiva Ciutat Vella-Barcelona

Vivimos en una sociedad multicultural.

elemento de identidad, el deporte también es susceptible de convertirse en un instrumento de integración; es decir, en un elemento capaz de introducir a los “otros” en el “nosotros”, aportando elementos a favor de la convivencia social.

En su obra pionera sobre la *Korrika*² vasca, la antropóloga Teresa del Valle (1988) manifiesta como esta práctica deportiva construida y utilizada como elemento de identidad –en este caso, al servicio y en intensa relación con el idioma vasco–, es susceptible de *integrar* en el “nosotros” vasco a todos aquellos que la practican: “(A través de la *Korrika*), en seiscientas horas AEK –asociación organizadora– te ofrece la posibilidad de hacerte euskaldun”³ (Del Valle, 1988, p. 270). La práctica deportiva al servicio del idioma ofrece, en el ejemplo citado, a los “de fuera” la oportunidad de integrarse, es decir, de entrar a formar parte y de participar activamente en el “nosotros”.

A otro nivel, pero con resultados remarquables, tenemos el caso del asociacionismo en clubs deportivos. El fútbol catalán, por ejem-

plo, aglutina a su alrededor un importante sector asociativo, que reúne personas de diferentes orígenes bajo unos mismos colores. En relación con el F.C. Barcelona, Fernández-Martorell (1996, pp. 33-34) dice:

“Una actividad como la inscripción en clubs u otras asociaciones contribuye al hecho de que los nuevos sujetos lleguen a formar parte del Nosotros. (...) Supongamos, que un hombre que se autodefine y que se reconoce como catalán haga socio del F.C. Barcelona a su hijo recién nacido. Contribuye con este acto a que su hijo participe y al mismo tiempo se integre en su cultura. Pero imaginemos que un padre judío vive desde pequeño en Barcelona y, cuando nace su hijo también lo inscribe en el FC Barcelona. En este caso es consciente, con seguridad, de que este hecho contribuye a la integración de su hijo en Cataluña (...) (aunque) no podemos interpretar que con esta inscripción (...) pretenda que su hijo abandone la identidad judía”.

En este sentido el deporte se convierte en un elemento de *participación* en un “nosotros” determinado. Pero, la *participación* a través –entre otros elementos– del deporte,

en este contexto construido e integrador, sin duda, lleva a una transformación *intercultural* de éste, dotándole de un contenido social diferente, reformulado a partir de las diversas aportaciones de los “nuevos” miembros que entren a formar parte.

Un claro ejemplo de esto es la victoria del equipo francés en los relativamente recientes Campeonatos del Mundo de Fútbol de Francia en 1998.⁴ La diversidad de orígenes (europeos, magrebíes, oceánicos, caribeños, etc.) de los jugadores de la vencedora selección francesa de fútbol, levantó en Francia un cierto “orgullo intercultural” que fue más allá de lo estrictamente deportivo, penetrando en el no *siempre fácil* terreno de la convivencia. Pero esta *interculturalidad* no es un elemento nuevo –aunque si bien fue especialmente redescubierta, aprovechada y utilizada con esta victoria– en la selección francesa de fútbol. Dice Bromberger (1995, p. 155) que, por ejemplo, en 1985, el equipo estaba ya formado por Platini, Battiston, Bellone y Ferreri, de origen italiano; William Ayache (*pied-noir* venido de Argelia), Giresse y Amoros, hijos de emigrantes españoles, y Luis Fernández, nacido en España; Tigana (nacido en Mali, y que había llegado a Marsella de niño) y Touré (hijo de emigrantes de Mali); o Stopyra, nieto de polacos. Señala este mismo autor que en los Campeonatos del Mundo de 1990, la formación alemana, por ejemplo, sirve de contrapunto, “Como ilustración casi perfecta de una nación fundada sobre una comunidad de sangre” (*Ibid.*).

En julio de 1998, la prensa francesa e internacional festejaba la victoria de la intercultural selección francesa⁵ con titulares como: “Nos hemos querido tanto” Negros, blancos, *beurs*:⁶ ojalá perdure después del fútbol”;⁷ “Cuando el fútbol hizo a Francia”;⁸ “Accra, Lifou, Erevan, Pointe-à-Pitre, Concarneau. El equipo de Francia del mundo”;⁹ o “Pascua encaja el gol multirracial”.¹⁰

² *Korrika* es una carrera de relevos a nivel popular en la que se recorren los siete territorios vascos a ambos lados de la frontera. Su finalidad es el soporte de la población a la lengua vasca, así como conseguir aportaciones para la “reuskaldunización”. El factor lingüístico actúa como marco de referencia general, y el contacto con la lengua es continuado a través de toda la carrera. Sobre la “Korricursa”, o *korrika* que organizan periódicamente los vascos que viven en Cataluña, cf. Medina (1997).

³ En euskera, “hablante de euskera”, y, por extensión, vasco.

⁴ Traté este tema por primera vez en el momento de acabar el Mundial, en el artículo anterior (Medina, 1998). Repasaré en estas líneas algunas de las reflexiones que me movieron entonces, ampliadas y matizadas, reflexionadas desde la distancia en el tiempo y en relación con el tema que nos ocupa aquí y ahora.

⁵ Destacando muy especialmente nombres como los de Zidane, Karembeu, Thuram, Djorkaeff, Boghossian o Desailly.

⁶ Popularmente, se denomina así a los magrebíes de segunda generación, hijos de inmigrantes, nacidos en territorio francés y a menudo ya con la nacionalidad francesa.

⁷ Artículo de Olivier Péretié en *Le Nouvel Observateur*, n.º 1758. París, 16-22 julio 1998.

⁸ Artículo del sociólogo Georges Vigarello a *Le Nouvel Observateur* (*op. cit.*).

⁹ Artículo de Christophe Bouchet en *Le Nouvel Observateur* (*op. cit.*). Especialmente interesante es la observación de este autor, quien dice: “Por parte de sus padres o sus abuelos, los *Bleus* –la selección francesa–, provienen de los cinco continentes. Por razón de su lugar de nacimiento, proceden de todos los rincones de Francia”.

¹⁰ Artículo de José L. Barbería en *El País*, 13 de julio de 1998.



Tal como manifiesta el antropólogo francés Marc Augé (2001, p. 26) en su análisis sobre la victoria francesa en el Mundial de 1998:

“Este equipo nos estaba diciendo: Mirad como se parece a nosotros la Francia de hoy. En cierta manera nos estaba enseñando a ver (...) Las ciudades de Francia eran invitadas a desprenderse de las ilusiones de la patria y de las raíces para afrontar la verdad, cotidianamente manifestada por la televisión, de una Francia múltiple que de repente se manifestaba como tal y que exigía ser animada porque era Francia: ¡Vamos, Bleus!”

Una información desde París, al día siguiente de la victoria francesa en el Mundial, del corresponsal de la cadena de radio *Onda Cero*, Juan P. Quiñonero, relataba cómo durante la noche anterior los franceses de origen magrebí habían salido por las calles de París, especialmente en los barrios con una mayor concentración de personas de este origen, para celebrar la victoria de la selección francesa, así como, muy especialmente, el protagonismo de su “héroe étnico”, el delantero de origen argelino Zidane.

Parece ser que a través de todo esto, el fútbol se considera también como un instrumento capaz de *integrar* a los de fuera, entre los de dentro (o como si fueran los de dentro). Una encuesta¹¹ publicada por el diario francés *Le Journal du Dimanche* propugnaba que, después de la victoria en el Mundial, el 50% de la población francesa se había manifestado partidaria de la legalización de la situación de los inmigrantes clandestinos en el país. Según la citada noticia, “lo que pasa es que la victoria de la selección francesa, reflejo consumado de la pluralidad multiétnica de la juventud actual del país, ha invertido clamorosamente la tendencia xenófoba, latente en el ascenso del Frente Nacional y en la crisis interna de una derecha democrática que había empezado a asumir con toda naturalidad el viejo discurso de la *preferencia nacional* frente a los extranjeros”.¹² Igualmente sorprendentes son las declaraciones del Primer Ministro, Charles Páscua, en otro tiempo con mano de hie-

ro contra la inmigración ilegal, declarando, después de la victoria que: “El Mundial ha demostrado que la integración se ha conseguido en un 90 % en nuestro país. En estos momentos en que Francia es fuerte, puede ser generosa, puede hacer un gesto”¹³.

Tal como se desprende de las palabras del Primer Ministro, parece ser que, después de la victoria en el Mundial, se había conseguido nada menos que la integración de la población de origen extranjero en un 90 %; y no sólo eso, sino que ahora “Francia es fuerte” y “puede ser generosa” –cosa que unos días antes no parecía ser del todo así-. En conjunto, no podemos más que tener la impresión de estar asistiendo a una especie de “milagro” intercultural, continuamente retroalimentado por los diferentes medios de comunicación.

No podemos dejar a un lado, evidentemente, factores de gran importancia, como son la influencia de los *mass media*, la novedad de la noticia, o la necesidad y el oportunismo político, pero no podemos obviar tampoco la repercusión que tuvo a nivel social la competición que estamos tratando; ni tampoco la muy relevante capacidad simbólica de incorporación, de *integración*, que se le otorgó al deporte como catalizador de la identidad. En este caso, lo que tenemos es el símbolo de una de Francia *intercultural*, pero Francia y de una identidad francesa, a fin de cuentas, reivindicada y reconocida por todos los componentes del equipo, sea cual sea su origen;¹⁴ es decir, capacidad *integradora*. Queda tan sólo plantearnos hasta qué punto esta capacidad integradora es capaz de actuar y de permanecer, cuando el conflicto en relación a otros aspectos cotidianos haga –una vez más– problemática su validez. Como planteaba un titular del semanario *Le Nouvel Observateur* en una de nuestras citas anteriores, “ojalá perdurase después del fútbol”.

Reflexiones sobre la integración

Pero de la misma manera que conceptos como *multiculturalidad* o *interculturalidad*

han entrado durante todo este tiempo en una dinámica cada vez más acelerada y confusa, lo mismo –si no más– podemos decir del concepto de *integración* que nutre los discursos populares, científicos, comunicacionales o políticos a todos los niveles, pero casi nunca con un contenido homogéneo.

Habitualmente, acostumbramos a decir que alguien “se integra” cuando adopta, sin más, las pautas de la sociedad dominante: lengua, religión, vestimenta, hábitos... O que no se integra si no cumple con estas pautas, aun concediendo a este concepto un contenido que se aproxima más a la asimilación que a la integración en sí misma. Con respecto a este último concepto, debemos tener en cuenta, ya desde un principio, diversos aspectos: en primer lugar, que tanto la cultura como la sociedad (las diversas culturas y sociedades) no son en absoluto estáticas ni inamovibles, sino que por el contrario, son dúctiles y dinámicas, y se encuentran en movimiento y evolución continuas. De esta manera podemos ver como aquellos aspectos que hoy forman parte de la cultura pueden ser modificados en el futuro; unos dejarán de formar parte, y otros se incorporarán a un proceso de construcción social ininterrumpido y dinámico.

Desde esta perspectiva, hay que especificar también que esta integración no se da –no se puede dar nunca– unilateralmente por parte de los “recién llegados” (que son de todas maneras, aquellos que tendrán que hacer un mayor esfuerzo), sino que necesita cada vez más de una adaptación continua, de una cierta “puesta al día” por parte de todos los integrantes de la sociedad, sin distinción. Se trata, pues, de un proyecto social común para todos los miembros del entramado social.

En segundo lugar, y desde este mismo punto de vista, no podemos cometer el error al pensar que esta sociedad eminentemente urbana, en la cual pretendemos que se lleve a cabo cualquier tipo de integración, es una sociedad homogénea. Tal como expresaba el sociólogo norteamericano Louis Wirth

¹¹ Citada en el artículo de Barbería (*ibid.*).

¹² *Ibid.* Por el momento, los recientes resultados de las elecciones presidenciales francesas de finales de abril de 2002 parecen, sin embargo, desmentir estas impresiones.

¹³ Charles Páscua, en declaraciones al diario francés *Le Monde* (*ibid.*).

¹⁴ Aunque sin renunciar, evidentemente, a este ni a la identidad que este origen proporciona. En el ya citado artículo de Christophe Bouchet (cf. *supra*), en *Le Nouvel Observateur*, este autor destaca, por ejemplo, que “Youri Djorkaeff y Alain Boghossian han nacido en el Hexágono, en Lyon y en Digne, pero el día más bonito de la familia Djorkaeff fue, en plena preparación del equipo de Francia, cuando los diputados franceses reconocieron el genocidio armenio a pesar de las presiones turcas. Youri se acordó de sus abuelos perseguidos, abandonando a pie su tierra para refugiarse en Francia. Alain Boghossian representa a la segunda ciudad armenia del mundo: Marsella (...)”.



F. Xavier Medina (a la derecha) durante su intervención, que fue moderada por Joan Riera, catedrático del INEF de Catalunya, Barcelona.

(1988, pp. 37-38) ya a finales de los años treinta: “La ciudad ha sido históricamente un crisol de razas, pueblos y culturas, y un vivero propio de híbridos culturales y biológicos nuevos. No sólo ha tolerado las diferencias individuales (sino que), las ha fomentado”. De esta manera, en nuestras sociedades, ya de por sí complejas, no existe un único interlocutor social que no sea este “todo complejo” –la “ciudad como unidad”, en palabras de Hannerz (1986)–, con intereses diversos dentro de un proyecto más o menos común. Igualmente, cuando nuevos actores entran a formar parte del entramado social, esta sociedad se transforma tan sólo con el hecho de incorporarlos, evolucionando constantemente, como decíamos, de manera totalmente dinámica.

Es desde esta perspectiva que tenemos que observar un posible concepto de integración. Más allá de cualquier esencialismo –y teniendo en cuenta, siempre, las limitaciones sociales y legales impuestas–, debemos entender la *integración* como el hecho de dar a los individuos y/o a los grupos, los elementos necesarios para llevar a cabo una cotidianidad compartida y, en la medida de lo posible, al mismo nivel entre todos los individuos que componen la sociedad. Esta integración supondría una doble vía: por parte de los que ya viven, con el fin de ser conscientes y de adaptarse a los cambios, pero también, y muy principalmente, por parte de los recién llegados, de manera

que puedan incorporarse a una dinámica ya establecida de la que deberán aprender buena parte de los elementos necesarios para la convivencia, pero a la que también aportarán, inevitablemente, una parte de su bagaje. De esta manera tiene lugar una renegociación continua de los términos desde una perspectiva voluntarista entre las diversas partes que componen el entramado social, con el establecimiento de una serie de normas comunes de actuación y de colaboración entre los individuos y los grupos.

Deporte e integración

Si bien es cierto, tal y como hemos dicho más arriba, que el deporte es un elemento capaz de *integrar*, de convertir simbólicamente a “los de fuera” en “los de dentro”, esto es precisamente porque es un instrumento capaz de dar identidad, de *generar identificación* en los individuos y, por lo tanto, de hacerlos partícipes, también simbólicamente, de una misma realidad; de hacerlos compartir y sentirse parte de algo común; en definitiva, de convivir.

Diversas son las iniciativas prácticas que se han llevado a cabo en todos los niveles de cara a esta convivencia, a esta *integración*. Una experiencia interesante es la que se llevó a cabo en la localidad francesa de Massy (cf. Baudet, 1999), una pequeña ciudad del área industrial parisina con una problemática social ligada principalmente al paro, y con una fuerte presencia de inmigrantes. En este caso se creó, ya en el año 1972, el Rugby Club Massy, fundado por Alain Gazon, un deportista procedente del sur¹⁵ de Francia y, por lo tanto, inmigrante él mismo en París. Desde su fundación, el Rugby Club Massy ha tenido una vocación particularmente social, procurando ya desde un primer momento, nutrir una cantera de chicos locales ofreciéndoles la posibilidad de practicar un deporte que sirviera como alternativa a la calle y como canalización de su ocio. De esta manera, los responsables del Club –que cuentan con la colaboración de los servicios sociales del Ayuntamiento de Massy y con un personal especializado que se hace cargo de una especie de seguimiento sociofamiliar de sus miembros– intentan ir más allá del terreno de juego y entrar plenamente en la

socialización de los jóvenes que forman parte de los diversos equipos de la entidad, estableciendo una disciplina interna, unos horarios, unos hábitos que se han de respetar así como entrar en contacto con las familias e implicando el máximo posible a los miembros de éstas en el proyecto: “A menudo vamos a ver las familias cuando los problemas escolares empiezan a parasitar de manera importante a un niño. Incluso tenemos que discutir con el padre o la madre cuando el malestar empieza a aumentar”.¹⁶

El ejemplo del Rugby Club Massy es un ejemplo paradigmático de cómo una institución deportiva definida como tal, puede tener una voluntad de actuación social que va mucho más allá de lo que es estrictamente deportivo. El Club ofrece a sus miembros, por un lado, una identidad como parte de un club y dentro de unos proyectos comunes de futuro, además de una vía de inserción social –algunos de ellos pueden encontrar incluso algún trabajo vinculado con el Club, o a través de él o de sus miembros– y un complemento muy activo de cara a su socialización –disciplina, hábitos alimentarios, ejercicio físico, educación en valores...–. En palabras del mismo responsable del Club: “No hay nada como respetar unos horarios y darse obligatoriamente una ducha después de los entrenamientos; éstos son ya unos grandes cambios para chicos que viven en familias totalmente desestructuradas”.¹⁷ Como dice Baudet (1999, p. 169) en referencia a este proyecto deportivo: “El balón oval evita a algunos de estos chicos caer en la delincuencia”.

Uno de los aspectos más importantes a tener en cuenta es que, si bien uno de cada tres chicos que pertenecen al club proceden de la inmigración, esta iniciativa, en sí misma, no está dirigida únicamente a los inmigrantes, sino a las capas sociales más desfavorecidas en general –dentro de las cuales, las personas de origen inmigrante se encuentran desgraciadamente muy representadas–, y que no se trata de una iniciativa específica, si no común para el global de la sociedad. Éste es, precisamente, uno de los riesgos que podemos correr y que deberíamos procurar evitar cuando se organizan actividades deportivas específicas de cara a la “integración” de los

¹⁵ Una zona donde el rugby es el deporte rey, casi por encima del fútbol, podríamos decir (cf. Es este sentido Darbon, 1995; Saouter, 2000).

¹⁶ Citado en Baudet (1990, p. 169).

¹⁷ *Ibid.*



inmigrantes: que estas actividades acaben siendo catalogadas por la población en general como “cosas de inmigrantes”, de manera que más que servir como instrumento de integración acaben siendo una herramienta de segregación social.

En Cataluña, debido principalmente a nuestra relativamente reciente historia inmigratoria, hasta el momento, las propuestas que se han llevado a cabo en este terreno no han sido muy numerosas, a pesar de que han aumentado sensiblemente en los últimos años. Algunas de estas iniciativas se encuentran ya en un proceso de afirmación y podríamos decir, incluso, que relativamente consolidadas. Un ejemplo a destacar es el Torneo de Ramadán de fútbol sala que la Asociación Sociocultural Ibn Batuta, del barrio del Raval, en Barcelona, organiza cada año coincidiendo con el mes del Ramadán –a partir de las 20 horas, es decir, cuando cae la noche, todos los fines de semana durante el mes del Ramadán–. El torneo se disputa entre diferentes equipos, formados en su mayor parte por inmigrantes, a pesar de que lo que se pretende, cada vez más, es fomentar la participación de personas en general, independientemente de su origen.

Otra iniciativa a destacar y ya relativamente asentada es la que la Asociación Cultural Hispano-pakistaní de Barcelona lleva a cabo en colaboración con el Ayuntamiento de Sant Adrià del Besòs (Barcelonès) con la organización, tanto de cursos de críquet –uno de los deportes más populares en el Pakistán (cf. Werbner, 1996)– para las personas interesadas en aprender este deporte, como de cara a la organización del Torneo *Vila de Sant Adrià*, abierto a la participación del público en general –a pesar de que todavía son principalmente las personas de origen pakistaní las que toman parte, ya que, por otra parte son quienes conocen mejor la práctica de este deporte.

En vistas a la organización de esta última iniciativa, uno de sus responsables, al ser entrevistado, nos decía:

“Nosotros¹⁸ les dijimos: Nosotros no podemos pagar, no tenemos dinero, pero podemos prestar nuestros servicios. Podemos enseñar a jugar a críquet (...)”

Todas estas iniciativas ponen de manifiesto el enorme potencial práctico de la actividad deportiva de cara tanto a la identidad –ya sea como miembros de un grupo determinado: pakistanís o marroquíes en Cataluña, argelinos en Francia, etc.; o bien como miembros de una determinada colectividad de convivencia: municipio de residencia, Cataluña, España...– de los individuos y de los grupos, con vistas a su participación social activa, en la colaboración en diferentes ámbitos y, en definitiva, en la convivencia en general, poniendo un énfasis especial en sus aspectos de relación, con la posibilidad de una interacción directa entre los individuos, de tú a tú, en términos de igualdad. Pero tampoco tenemos que perder nunca de vista que el deporte, como parte de la sociedad y de la cultura a la que pertenecen, forma parte de un entramado social que influencia y es influido a su vez por todo el resto de aspectos con los que interactúa. Debemos tener claro, que el deporte es un factor más a tener en cuenta, con más o menos potencial, pero no el único, ni considerarlo en absoluto ninguna panacea; de esta manera, no puede actuar ni influir en solitario, ni de manera independiente en aspectos tan importantes como son los económicos, de género, jurídico, laborales o religiosos, entre otros.

La práctica deportiva posee unas características propias, unos valores –entre los cuales el de la igualdad no es el menor– y un potencial de relación y de sociabilidad que lo convierten posiblemente en un instrumento de excepción de cara a una posible *integración* –entendiendo este concepto desde la perspectiva que hemos expuesto más arriba– social de aquellos sectores de la población –no necesariamente inmigrantes– que necesitan una acción en este sentido. De esta manera, ninguna actuación social puede estar únicamente localizada en la práctica deportiva, dejando de lado todo el resto de aspectos que influyen directamente en la vida cotidiana de los individuos. Como hemos dicho más arriba, y mucho más allá de la actividad física, el deporte tiene una significación social y cultural completa e inequívoca, con unas implicaciones que no pueden ser eludibles.

Bibliografía

- Archetti, E. P.: “Nationalisme, football et polo. Tradition et créolisation dans la construction de l'Argentine moderne”, *Terrain. Carnets du patrimoine ethnologique*, n.º 25, París, 1995.
- Augé, M.: *Ficciones de fin de siglo*, Barcelona: Gedisa, 2001.
- Baudet, M.-B. “Massy: le ballon contre l'exclusion”, a *Autrement*, n.º 183, París, 1999.
- Bromberger, C.; Hayot, A. y Mariottini, J.-M.: *Le match de football. Ethnologie d'une passion partisane à Marseille, Naples et Turin*, París: Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1995.
- Cachán, R. y Fernández, O.: “Deporte o religión: un análisis antropológico del fútbol como fenómeno religioso”, *Apunts. Educación Física y Deportes*, 52, (1998), pp. 10-14.
- Callovi, G.: “Les migrations internationales, nouveau défi pour l'Europe”, en M.-A. Roque (ed.), *Els moviments humans en el Mediterrani Occidental*, Barcelona: Institut Català d'Estudis Mediterranis, 1990.
- Darbon, S.: *Rugby mode de vie. Ethnographie d'un club: Saint-Vincent-de-Tyrosse*, París: Jean-Michel Place, 1995.
- Del Valle, T.: *Korrika. Rituales de la lengua en el espacio*, Barcelona: Anthropos, 1988.
- Fernández-Martorell, M.: *Antropología de la convivencia*, Madrid: Cátedra, 1997.
- Hannerz, U.: *Exploración de la ciudad*, México: FCE, 1986.
- McClancy, J. “Sport, Identity and Ethnicity”, en McClancy, J. (ed.), *Sport, Identity and Ethnicity*. Oxford: Berg, 1996.
- Medina, F. X.: “Nuevos rituales deportivos urbanos y construcción de la etnicidad. La *korricursa* de Barcelona”, en R. Sánchez (ed.), *La actividad física y el deporte en un contexto democrático (1976-1996)*, Pamplona: AEISAD, 1997.
- : “Deportes étnicos, deportes de masas: dos vías distintas en la construcción de la etnicidad”, en J. Martínez del Castillo (ed.), *Deporte y calidad de vida*, Madrid: Librerías Deportivas Esteban Sanz, 1998.
- : “Els moviments migratoris a l'Europa occidental: tendències i canvis. El cas de Catalunya”, *Revista Catalana de Seguretat Pública*, n.º 2, Mollet del Vallès: Escola de Policia de Catalunya, 1998b.
- Moreno, I.: “Identidades y rituales”, en J. Prat, U. Martínez, J. Contreras, y I. Moreno (eds.), *Antropología de los pueblos de España*, Madrid: Taurus, 1991.
- Saouter, A.: *Être rugby. Jeux du masculin et du Féminin*, París: Éditions de l'EHES, 2000.
- Sánchez, R.: “El deporte ritualizado y su importancia en la formación de la identidad”, *Apunts. Educación Física y Deportes*, 26 (diciembre, 1991).
- Sciama, L. D.: “The Venice Regatta: From Ritual to Sport”, en J. McClancy, (ed.), *Sport, Identity and Ethnicity*, Oxford: Berg, 1996.
- Werbner, P.: “*Our blood is green*. Cricket, Identity and Social Empowerment among British Pakistanis”, en J. McClancy, (ed.), *Sport, Identity and Ethnicity*, Oxford: Berg, 1996.
- Wirth, L.: “El urbanismo como forma de vida”, en M. Fernández-Martorell, (ed.), *Leer la ciudad*. Barcelona: Icaria, 1988.

¹⁸ Se refiere aquí el informador al momento en que hablaron con las personas responsables del Ayuntamiento de Sant Adrià.